

AMOR -IV- ¿Y ÚLTIMO?

Padre Pedro José Ynaraja

Por diversas razones personales, voy muy poco al cine, pero cuando voy y aguanto, que no siempre, acostumbro a sacarle jugo al film y recordarlo siempre. A propósito de lo que venía escribiendo respecto a la vida matrimonial, he recordado una película de Pier Paolo Pasolini de hace muchos años, titulada Teorema. Su contenido, aunque resulta bastante hermético, deja muy claro que el personaje joven masculino que entra en contacto con los protagonistas, resulta ser un entrometido en el seno de la familia que, sin saber exactamente cómo, queda descalabrada. Padres, hija y sirvienta, cada uno a su manera, y sin saber exactamente como, entran en contacto con él. Las consecuencias para cada uno y para el conjunto, son funestas.

Enamoramiento y amistad son círculos secantes, escribía el otro día. Sus fronteras acostumbran a ser algo borrosas y aunque se actúe de buena fe, causan en algunas ocasiones, serios trastornos. Si una mujer casada mantiene amistad con un compañero, ciertamente que puede derivar, por senderos de infidelidad, al adulterio. Paralelamente puede ocurrir tal desliz por parte del marido. Ahora bien, se dan casos o situaciones diferentes: su adhesión a una institución, un movimiento, una tendencia social, gran relación con otro amigo, una organización en el seno de la Iglesia, que en principio, parece no debería presentar problemas, con frecuencia, puede perjudicar la íntima relación familiar.

Pongo un ejemplo. Con facilidad un varón se entusiasma y compromete en actividades de su barrio, se incorpora a una asociación de vecinos, milita en un sindicato con ánimo reivindicativo justo, se responsabiliza en una organización parroquial o se une a los ideales y programas de un sacerdote renovador y arrollador. Aparentemente, todo correcto. No supone infidelidad alguna a su esposa. Una tal actitud es muy masculina. Y es que su ánimo, generalmente, puede compartimentarse con más facilidad que el de la mujer.

Pero llega un día en que la esposa sufre al observar que el marido pone, o le parece que pone, más entusiasmo en estas actividades, que en la convivencia familiar. Si el marido se fuera con otra, siempre sería posible reprochárselo y decirle acusándole: ¿qué tiene esa mujer, que no tenga yo? Pero nunca podrá recriminarle diciéndole ¿qué tiene Cáritas, qué tiene el escultismo, qué tiene el grupo de liturgia o el coro parroquial, que no tenga yo?

Varón y mujer son igualmente humanos, pero cada uno, generalmente, ama de manera peculiar e imagina su vida y porvenir de manera diferente. El espíritu femenino es más total, el masculino puede segmentarse, sin por ello, suponer infidelidad. ¡Qué difícil es para el sacerdote vivir la amistad, gozar de la colaboración masculina, sin dañar la sensibilidad femenina! ¡Y cuanto sufre el varón y el sacerdote, que lealmente se encuentran en tal trance!

Acabo. El adulterio está bien definido, sus características y su malignidad. El otro talante, no. Y no obstante lo dicho, y me propongo acabar ahora mismo, una familia que no tiene amigos, no goza plenamente, ni podrá compartir su Fe en comunidad. Recuerdo ahora una

frase que cito con frecuencia. Juana acababa de bautizarse y le escribe rebosando felicidad a su marido León Bloy: amo a Dios más que a ti. Le responde León: no digas eso: yo amo a Dios en ti. Y en otro momento, le confía: te amo como esposa y como amante, como debe ser amada la mujer cristiana.

Por si el lector lo ignora, le advierto que alrededor de Leon Bloy, se movieron intelectuales y artistas de gran categoría, desde Jacques y Raissa Maritain, hasta Georges Rouault, por citar algunos, mientras engendraban, creo recordar, más de diez hijos.